

LA ESPERANZA TRANSFORMADORA

Romanos 8,12-25

Introducción

La esperanza es esencial para la vida. Cuando uno pierde esperanza, la vida carece de sentido. Cuando uno tiene esperanza, ni las aflicciones más grandes pueden vencerle. Todos conocemos casos que ilustran estas dos afirmaciones, y muchos hemos vivido esto en la carne.

En mi primer pastorado hubo un matrimonio que había perdido un bebé años antes de que llegara a esta comunidad. El bebé se murió en un accidente en la casa. La madre perdió su esperanza y casi perdió su fe. Por unos años se apartaba de la iglesia. La vida carecía de sentido para ella. Pero Dios es amoroso, comprensible y paciente. A través de la música de la iglesia que quedaba dentro el Espíritu de Dios le restauró la esperanza, la fe y el sentido de la vida.

Como cristianos tenemos la esperanza de la transformación, pero nuestra esperanza es más que de una transformación futura. La esperanza cristiana misma transforma y nos capacita para afrontar los retos de la vida diaria.

Los ámbitos de la esperanza

Nuestro texto hoy está lleno de palabras de esperanza.

Si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. ¹⁴ Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios,

El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. ¹⁷ Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo

Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse, ¹⁹ porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios.

En esperanza fuimos salvos.

Si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos.

Hay tanto aquí para fundamentar y nutrir nuestra esperanza. Primero quiero observar que la esperanza en este pasaje toca las 3 dimensiones fundamentales de la vida: la dimensión personal, la dimensión social y la dimensión creacional o cósmica.

La esperanza es primeramente personal. Antes de interesarme en los demás o en el medio ambiente, me intereso en mí mismo. Los que somos en Cristo somos hijos e hijas de Dios. Hemos recibido el Espíritu de adopción y aclamamos a Dios como “Padre amoroso”. Ni tenemos que temer por nuestra mortalidad, porque Dios ha resucitado a Cristo de los muertos y nuestra resurrección es parte de nuestra esperanza. No tengo que temer la muerte misma, porque tengo la esperanza asegurada en Cristo.

La esperanza también es social y comunitaria. No queremos ser puros narcisistas y egoístas. Tengo una visión para una vida personal mejor, pero también quiero vivir en un mundo mejor, quiero vivir en una comunidad solidaria, acogedora, justa y saludable. La esperanza cristiana se encarna en una comunidad, que es la cara visible del amor de Dios en el mundo. La comunidad de fe, el cuerpo de Cristo, la Iglesia vive la realidad con Dios en el presente y continúa la obra redentora en este mundo y así da esperanza a los demás. La comunidad fortalece la esperanza de sus feligreses y aporta la esperanza al mundo alrededor.

Pero la esperanza del evangelio no es sólo para individuos y comunidades, el alcance de la visión de Dios es la creación, el cosmos. Pablo nos habla de la esperanza de transformación de la creación.

La creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza. ²¹ Por tanto, también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. (8,20.21)

No podemos interesarnos sólo en el individuo o en la sociedad humana. La creación misma es de Dios y querida por Dios. Dios sujetó a vanidad en esperanza. Dios mismo anhela y espera la transformación de la creación. Tenemos que ajustar nuestra perspectiva del evangelio de los ámbitos personales y comunitarios para incluir la creación.

Así que la esperanza toca los 3 ámbitos fundamentales de la vida: el ámbito personal, comunitario y creacional.

Los tiempos de la esperanza

La esperanza también tiene 3 dimensiones de tiempo, que encontramos en este pasaje: pasado, presente y futuro. En el pasado encontramos el fundamento de la esperanza. Nuestra expectativa cristiana en el futuro no es un mero sueño o un simple deseo de superar nuestra mortalidad. El fundamento o la base de la esperanza de futuro está en los hechos de Dios mismo en la historia. Leamos 8,3-4.

Lo que era imposible para la Ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne, ⁴ para que la justicia de la Ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.

Dios envió a su Hijo para ajusticiar el pecado y liberarnos de su condena. La acción de Dios en la vida, muerte y resurrección de Cristo nos da la esperanza y la asegura. Dios ha creado; Dios ha redimido; Dios ha garantizado la nueva vida; por tanto, la esperanza es firme. El fundamento de la esperanza es la actuación de Dios en la historia.

La esperanza tiene un papel vital también en el presente. Aquí es donde vivimos la esperanza en la vida cotidiana. El Espíritu Santo tiene un papel esencial en la esperanza en el presente. Pablo afirma:

El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.

El Espíritu de Dios confirma nuestro estatus de hijo o hija, en el fuero interior. Mi esperanza es firme por lo que Dios ha hecho en Cristo en el pasado, y es una realidad presente por el Espíritu que mora en mi corazón. Soy templo del Espíritu Santo. Tengo el testimonio del Espíritu.

En la anécdota que conté al principio sobre la madre que perdió su bebé en un trágico accidente, el Espíritu desde dentro la consoló, la amó, la restauró. El Espíritu reafirmaba la esperanza en ella. Nuestra esperanza tiene un fundamento en el pasado y un activo en el presente.

La esperanza también tiene una consumación en el futuro. Las cosas no siempre serán como son. La victoria de Dios será completa. Esta victoria se anticipa en la resurrección de Cristo, pero será una realidad consumada en el futuro. Pablo dice:

También nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo, ²⁴ porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; ya que lo que alguno ve, ¿para qué esperarlo? ²⁵ Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos. (8,23-25)

La espera llegará a su fin. Recibiremos la herencia de los hijos de Dios junto con Cristo. Y esta consumación tiene su fundamento en el pasado, su activo en el presente por el Espíritu y su futuro asegurado. Esta madre verá a su bebé algún día, y no tendrá que temer tragedia alguna. Vivirá la plenitud de su amor.

La motivación de la esperanza

Pero la consumación queda en el futuro. ¿Qué hacemos ahora? La esperanza tiene un papel esencial para la vida ahora. Nuestra visión de futuro orienta las decisiones del presente. Yo construyo mi vida hoy según mi sueño. La nueva vida en Cristo, la visión de la victoria plena de Dios motiva nuestra vida personal de fe ahora, orienta la construcción de la comunidad y la misión de la Iglesia ahora. La esperanza nos da la fuerza para afrontar el sufrimiento y la tragedia, como la de esta madre. La esperanza, en un sentido real, es la vida misma.

Como cristianos tenemos la esperanza de la transformación, pero nuestra esperanza es más que de una transformación futura. La esperanza cristiana transforma y nos capacita para afrontar los retos de la vida diaria.

Termino con una bendición de esperanza que Pablo nos ofrece en Romanos 15,13.

El Dios de la esperanza os llene de todo gozo y paz en la fe, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo.

Marcos Abbott
SEUT
Madrid, España
Julio de 2008